

## Tesoros

Un anémico rayo de sol se filtra a través del óxido de hierro que flota en la atmósfera, tiñendo los escombros que adornan el vestíbulo del hotel e iluminando pálidamente el letrero fragmentado que corona la recepción; el techo, convertido en una aleación de tabloncillos carbonizados y vigas desmenuzadas, abre sus brazos a una riada de partículas de polvo revestidas de zinc. Un muro de asma y sabor metálico entorpece los intentos de la luz por llegar hasta el suelo de la sala.

S. camina con cautela, tratando de acostumbrar la vista a las sombras que bañan cada rincón, cada tramo de escalera y cada saliente. Con el rostro cubierto por un pañuelo deshilachado que impide que se le llenen los pulmones de gas, arrastra una vieja maleta del modo más silencioso posible. Quiere evitar cualquier ruido que delate su presencia, ya que existe el riesgo de que no esté sola; probablemente haya más recolectores y comerciantes destripando las habitaciones del antiguo parador turístico, todos ellos en busca de algo que se pueda despachar o tragar.

Apoya su mano derecha en una columna cubierta de agujeros de bala; afina el oído, pero el único sonido que atraviesa el aire es el de la madera crujiendo y el viento chocando contra el hormigón agujereado. Una cuenta atrás se boceta en su nuca; calcula mentalmente la posible duración de su búsqueda y el tiempo restante antes de que la sed y las náuseas le obliguen a detenerse. No ha venido hasta aquí por placer: necesita algo con lo que negociar en el Mercado. Ha agotado la última reserva de medicamentos, y las latas de conserva que aún atesora no están destinadas a la venta. Le urge encontrar productos por lo que la gente esté dispuesta a intercambiar su combustible y sus provisiones de harina de grillos y azúcar.

Al pasar junto a un recoveco situado en la frontera que separa el salón de baile y el hall percibe el chasquido de cristales aplastándose bajo sus talones; una gruesa moqueta de lepidópteros muertos y vidrio molido cubre el suelo y oculta parte de un cuadro tumbado boca abajo. En uno de los recodos entrevé una pequeña mesa redonda intacta, pulcra. Excesivamente intacta. Excesivamente pulcra. Se asusta. Si algo ha aprendido es que las amenazas siempre se esconden detrás de todo aquello que resulta inusual; algo demasiado limpio tiende a indicar peligro. Se paraliza y espera. Con un poco de suerte nadie ha escuchado sus pisadas. Reduce la intensidad de su respiración y sujeta con fuerza su equipaje. Nota como se le entumecen los dedos.

No sucede nada.

Traga una bocanada de oxígeno y retoma el rumbo. Está agotada y le arden los ligamentos que mantienen sujetos los huesos del arco interno del pie, pero es consciente de que *El Monumental* es uno de los pocos lugares que aún no han sido saqueados y eviscerados hasta consumirse, por lo que su instinto comercial y su curiosidad son superiores a sus lesiones musculares.

Con la mirada cada vez más acostumbrada a la tenue neblina, atraviesa un cúmulo de áreas recreativas farfullando cavernosos ruegos a modo de ecolocalización; duda que los cubiertos descascarillados o los roedor atrapados bajo tierra respondan, pero la resonancia de su propia

voz le permite olvidar la soledad que creía haber dejado a sus espaldas tras residir durante siete meses en la Colonia. El impacto de su dedo meñique contra un foco tirado en el pavimento le extrae violentamente de su estado de abstracción y le obliga a fijarse en un conjunto de helechos marchitos que cubren un mantel de lino amarillento, bajo el cual se agazapa una masa irregular de objetos. Lo levanta y descubre una colección de candelabros rotos, un ramo de flores de plástico fundidas y un bolso de nylon del que sobresale un pequeño espejo de mano con los bordes cubiertos de cardenillo. El resto no es más que una aglomeración calcinada de la que tan solo es reconocible la esquina de una tarjeta de crédito y parte de un paquete de antihistamínicos aplastados. Utilizando sus ampolladas manos, S. aparta el montículo de deshechos, empujándolos junto a una pila de cascotes, y observa la superficie original de la sala de fiestas; al analizarla cae en la cuenta de que se han ido formando estratos y que, por lo tanto, existe la posibilidad de que aún perdure algo de valor en el mantillo inferior. Algo que no haya sucumbido al calor extremo, las detonaciones o el moho. Comienza a escarbar, sin tan siquiera preguntarse a quién pertenecía la caja de medicamentos, sin plantearse qué sucedió con las personas que salieron huyendo cuando todo estalló, sin preguntarse por qué sobrevive antes una cuchara de polietileno que una bolsa de huesos. Le es indiferente. Se ha acostumbrado a distinguir un peine fracturado o el cigüeñal de un motor en base a su utilidad y su valor en el bazar de trueques. Nada tiene un significado absoluto, más allá del que se le otorgue tras un oportuno regateo.

Un crujido abisal pone en alerta los sentidos de la exploradora. El esqueleto de la habitación le está avisando, le está diciendo que sus vértebras no aguantarán mucho más y que los muros de carga que aún resisten están agotando sus últimas fuerzas. Instintivamente, decide correr en dirección a lo que parece ser una cocina, soportando los guijarros enquistándose en sus metatarsos a causa de los agujeros que tapizan la suela de sus botas, remendadas ya media docena de veces. Claro que no hay parche que dure intacto a través de cientos de kilómetros de aguas residuales y tierras baldías, o que sobreviva al interminable laberinto de galerías forjadas a base de asfalto efervescente, sudor y placas de uralita que modelan el interior de los refugios subterráneos.

Empuja la puerta abatible, que apenas se desplaza; el cadáver de un extractor de humo encajonado ejerce de tope. Logra abrir una apertura lo suficientemente ancha como para introducir su cuerpo, magro y flexible. Un latigazo le recorre la espina dorsal; se ha olvidado su maleta junto a las entrañas espumosas de un sofá recubierto de hojas secas. Se gira a tiempo de presenciar como la estancia se hunde, absorbiendo estrepitosamente muebles, cables pelados y vigas. En sus globos oculares se refleja la montaña de hollín y el chillido. El pánico y el rezo. Apenas noventa segundos le han permitido no pasar el resto de su existencia en un mausoleo excavado en el sótano de unas ruinas vacacionales.

Su lóbulo frontal se descongela brevemente y un espejismo brota entre sus neuronas. Sigue viva. Sus orificios nasales han quedado expuestos, lo que le provoca un hormigueo ígneo; una tubería de goma mellada sustituye sus intestinos. El miedo y el éxtasis se entremezclan como lodo y hierba seca.

Sigue viva.

La brecha que el alud ha abierto a su paso ha liberado un vasto ropero situado junto a la bodega, entre taquillas y percheros podridos. Una marisma de aguas estancadas convive con una extensa alfombra de zapatillas mohosas; ignorando el sabor a insecticida adherido a su paladar, contempla su recién revelado botín, regocijándose durante unos minutos que se estiran hasta convertirse en años.

Entonces piensa.

Piensa que tal vez no sea suficiente para sobrevivir durante los meses que dura la temporada de lluvias; meses que invitan a la hibernación y el comercio, ya que nadie quiere exponerse al exterior y acabar empapándose de ácido nítrico o alimentado con dióxido de azufre su bronquitis crónica. Meses que, para poder ser compensados, obligan a docenas de almas enfermas a migrar durante la estación seca, soportando los golpes de calor procedentes del vapor lechoso que emana de la tierra. La mayor parte de esos frágiles rastreadores regresan con las manos llagadas y una amalgama de útiles cuyo valor desconocen; todos ansían el milagro que les mantenga vivos el tiempo suficiente hasta el siguiente éxodo en busca de más rabañaduras. Un círculo perpetuo, fabricado a base de trueques y ácidos gástricos.

Pero ella no necesita un milagro. Necesita algo más. Algo que se empaste en la cabeza de cada habitante de cada túnel. Necesita que la gente decida ir en su búsqueda, que escojan escudriñar entre pasillos y tenderetes repletos de botellas de gasolina adulterada hasta dar con sus productos; así que decide seguir avanzando, ignorando las fosas sépticas repletas de falsos oasis. Lo único que echa en falta es su maleta, ahora enterrada bajo el estuco.

Pasada la cocina, junto a un montacargas invadido por lo que parece ser una colmena mustia, se oculta un pequeño cubículo. Un superviviente. La puerta permanece - casi - intacta y, al abrirla, una corriente tibia empantana los lacrimales de S.; probablemente nadie haya atravesado ese umbral desde hace generaciones.

El centro de la estancia está ocupado por una mesa de madera arenosa. Sólida a la vista, se deshace como almidón en cuanto S. la roza con uno de sus dedos, quedándose convertida en una tabla desconchada y hambrienta. Tres sillas caídas forman un pasillo improvisado que conduce hasta un congelador forrado de óxido y una estantería con bolsas de plástico y cajones. Al apoyar las manos en el arcón, decide elevar la tapa lenta y cuidadosamente; sabe que, probablemente, en su interior hayan crecido toda clase de hongos, y no le apetece esnifar una colonia de bacterias capaces de provocarle tumores en la mitad de sus órganos internos.

Bajo una pequeña nube de aluminio descubre varias latas de comida, todas ellas resquebrajadas y rociadas con un penetrante perfume acre. El color rojizo de sus ingredientes originales parece haberse cromado hasta adquirir un tono grisáceo, casi plomizo; la comida ya no es comida. Es latón. Es yeso seco. Vuelve a cerrar la nevera y observa el estante. La curiosidad ha dado paso al asma y las cefaleas.

Al no quedar intacto ninguno de los pomos, decide golpear los listones con un destornillador mellado hasta perforar un hueco lo suficientemente grueso como para introducir sus dedos y extraer el contenido. Transcurridos diez minutos de sacudidas y expectoraciones, apoya la herramienta en el suelo y comienza a destripar el mueble, rezando para encontrar algo que

brille o alimento; sin embargo, lo que sus manos consumidas palpan resulta ser una masa de fotografías absurdamente bien conservadas. Inquieta, acelera sus movimientos. Necesita que no todo termine ahí. Necesita que exista una joya oculta bajo la montaña de papel. Pero sabe que nunca hay buenas noticias. Lo sabe ella y lo saben las perlas de sudor de su frente cuarteada, que le musitan que se rinda y descanse. Las cuencas oculares le palpitan y un motor gripado se ha adueñado del espacio antaño ocupado por su esternón.

Se sienta en el suelo, regurgitando una combinación de impotencia y fatiga. Desganada, juguetea con la pila de imágenes que ha desenterrado. Imágenes que le clavan sus pupilas, como bebés recién nacidos cubiertos aún por una placenta de hiel y carbón. Ella les devuelve la mirada. De repente, frunce el ceño. Algo en las fotografías no le encaja.

Toda la gente retratada tiene pelo.

Sobre sus cráneos. Bajo sus narices y en sus barbillas. Sobre sus labios, gruesos como neumáticos. Los ojos de la exploradora estudian cada detalle; no sabe quiénes son. Recorre con sus dedos pulidos cada milímetro de cada retrato, y no puede evitar una mueca de aversión al comprobar que las bocas de todos ellos están dotadas con unos pequeños bloques blanquecinos y brillantes que sobresalen de sus encías. Una punzada de dolor atraviesa su mente al imaginar su propia mandíbula siendo perforada por esas pequeñas piezas de aspecto romo.

Súbitamente, se detiene frente a la estampa de una pareja. Algo en sus extremidades atrae su atención.

Tienen uñas.

Como su abuela. Pero su abuela no era así. Nunca fue así. Nadie que ella haya conocido ha tenido ese aspecto frágil y rosáceo. Sus rostros parecen estar protegidos únicamente por una fina película de goma suave y deslizante. Sus orificios nasales, situados en unas extrañas narices que sobresalen como nódulos, apuntan hacia abajo.

Una brisa de aire caliente lima las fisuras de su piel escamada, haciendo que cada uno de sus músculos regrese a la realidad. Sonríe. Sonríe porque ya sabe lo que va a vender. Se pone en pie y, tras desalojar varias de las bolsas de plástico situadas en las distintas baldas, pasa a llenarlas con el material fotográfico, al tiempo que un pensamiento reptaba por cada cavidad de su cráneo: todas esas figuras ridículas y anómalas, en algún momento, vivieron en el mismo lugar que ahora ocupan ella y todos los habitantes de la Colonia. Quizás hace mucho. Quizás fue, incluso, antes del Colapso. Pero estuvieron ahí, con sus extraños párpados y sus grotescas pieles rosáceas.

Y, en un mundo en el que no existe el futuro, el pasado - incluso el más extravagante y repulsivo - puede llegar a templar tantos intestinos como la comida o las balas.

Abandona la sala, inquieta e ilusionada. Si su EPOC no se lo impide, aún le quedan por delante dos semanas de supervivencia y amanecerás a cincuenta y tres grados antes de alcanzar el primero de los refugios.